
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

# RECEPCION

DEL

ACADEMICO ELECTO

## D. José Estévez y Martínez.

Academia Gaditana de Ciencias y Artes.

# SESION

## PUBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA

## EN LA NOCHE DEL 3 DE AGOSTO DE 1884,

CON MOTIVO

DE LA RECEPCION DEL ACADEMICO

## D. José Estévez y Martínez.

CADIZ.

TIPOGRAFIA DE OLEA, A CARGO DE J. M. VELASCO,

CALLE COMEDIAS, NUMS. 10 Y 12.

1884.

# ACTA.

---

SRES. ACADEMICOS QUE ASISTIERON.

D. José del Toro y Quartiellers
*Presidente.*

D. Francisco Martínez,
D. Nicomedes Estévez,
D. Manuel Grosso,
*Presidentes de sección.*

D. Francisco Larraondo,
*Secretario de sección.*

D. Antonio Sánchez Vega,
*Depositario.*

D. Juan J. Montes,
D. Antonio Valls y Alvarez,
D. Antonio Clavero,
D. Joaquín Linares,
D. Fernando Portillo,
D. Emilio G. de la Mata,
*Académicos numerarios.*

D. José Estévez y Martínez,
D. Miguel Vila,
*Electos.*

D. Juan de Burgos y Requejo
*Secretario general.*

---

En la ciudad de Cádiz á tres de Agosto de mil ochocientos ochenta y cuatro, previa citación por escrito, se reunieron los señores Académicos que al margen se anotan y un distinguido concurso en la casa calle de los Doblones, número 18, con objeto de verificar la recepción de D. José Estévez y Martínez en la Academia Gaditana de Ciencias y Artes.

Dió principio la sesión solemne bajo la presidencia de D. José del Toro y Quartiellers á las nueve en punto de la noche, procediéndose como sigue:

1.° El Secretario que suscribe dió lectura al expediente del electo.

2.° El Sr. Estévez colocado á la derecha de la presidencia, diò lectura á su discurso de recepción, cuyo tema era *Origen y progresos de la ciencia económica.*

3.° Tuvieron lugar la fórmula, investidura y proclamación que prescribe el artículo 15 del vigente Reglamento.

4.° El presidente de la Corporación Sr. D. José del Toro

y Quartiellers, ocupó la izquierda de la mesa, tomando posesión de la presidencia del acto el Sr. D. Francisco Martínez, leyendo aquel su discurso de contestación, siendo muy aplaudido como lo había sido anteriormente el del Sr. Estévez.

Acto contínuo se levantó la sesión de que certifico como Secretario de la Corporación, con el visto bueno del Sr. Presidente, en Cádiz á 3 de Agosto de 1884.

V.º B.º

*El Presidente,*

Jose del Toro y Quartiellers.

*El Secretario general,*

Juan de Burgos y Requejo.

# DISCURSO DE RECEPCION

DEL ACADEMICO ELECTO

## Don José Estévez y Martínez.

### Sr. Presidente: Señores:

A vuestra benevolencia, más bien que á mis merecimientos, debo la honra dignísima que me dispensais contándome entre los miembros de esta Corporacion literaria. Sin méritos de ninguna clase y plenamente convencido de mi propia insuficiencia, acudo solícito á vuestro cariñoso llamamiento y cruzo lleno de la más pura gratitud, los umbrales de esta aula, donde se alberga á la deliciosa sombra del árbol de la ciencia, una juventud estudiosa y entusiasta, amante siempre de la prosperidad nacional, y del progreso de las ciencias, de las artes y de las letras pátrias.

Mucho halaga á mi corazón el inmerecido honor que me concedeis al llamarme á vuestro lado, pero por otra parte no puedo ocultar mi turbación y el poderoso efecto que causa en mi ánimo este solemne acto al considerar mis escasos conocimientos científicos y mi falta de elocuencia, con relación á las singulares dotes de inteligencia que distingue á los ilustrados indivíduos que ocupan estos escaños.

No obstante, señores Académicos, me anima vuestra reconocida bondad, con la que sabreis dispensar la falta de esa palabra arrebatadora que formaría mi encanto, y que desearía poseer en fecunda abundancia, y hoy, más que nunca,

que me tendeis los brazos para recibirme en vuestro seno.

Después de dirigir un afectuoso saludo, á todos los que honrosísimamente ocupais estos estrados, y agradeceros en lo más íntimo de mi corazón, el favor sin límites que me otorgais, voy á inaugurar mi primer acto en este centro, en cumplimiento de una de las prescripciones reglamentarias, procecediendo á ocupar algunos instantes vuestra atención, con el examen de uno de los puntos científicos, comprendido en la sección de Ciencias Morales y Políticas, á la cual me destinais.

A este fin, nada he creido más apropósito para la elección del tema, que estudiar una de esas ciencias que por su poderosa influencia sobre la sociedad, constituye una de las materias más debatidas en la actualidad en todas las naciones modernas.

El *orígen y progresos de la ciencia económica*, que es el tema á que nos referimos, es una de las investigaciones más árduas, pero también la más interesante que se puede presentar á la inteligencia del hombre ilustrado y pensador.

Grandiosa es la hipótesis propuesta, grandes sus fines, tanto como débiles son mis fuerzas y limitadas mis facultades, para desarrollarla debidamente. No obstante, procedamos á ensayarlo.

Nada, señores, debe interesar á un indivíduo tanto, como el conocimiento de los hechos sociales, porque de ellos ha de deducir las leyes y los principios más convenientes que han de contribuir al perfeccionamiento y felicidad del hombre, y fijar la marcha regular y ordenada del progreso humano. Que la humanidad progresa, es indudable, pues aunque lenta, progresa constantemente. Como consecuencia natural é inevitable de este adelanto, nacen nuevas ideas, que primeramente, son analizadas por las inteligencias más privilegiadas, y pasan después al dominio de todas las capacidades, hasta llegar á las más ignorantes y caducas. Es verdad que este cambio de ideas, no se verifica sino después de una cruel y tenaz

lucha entre sus partidarios y los adeptos á las viejas ideas, pues estas siempre en todas las épocas y en todos los paises cuentan con acérrimos defensores, refractarios á toda innovación; pero la civilización adelanta en su gloriosa carrera, y la instrucción al difundir el saber en la sociedad, le hace someterse á las nuevas teorías, que, triunfantes al fin del empirismo y la rutina se imponen y subyugan á las ignorantes é ineptas masas que proclaman lo anticuado.

Esto se verifica en todo progreso humano y la ciencia económica no podía estar exenta de las conmociones que agitan constantemente el árbol de la sabiduría.

La verdad,—dice Bastiat,—se abre paso á través de sus enemigos y los obstáculos retardan, pero no impiden sus progresos. Por esta circunstancia natural, la Economía política, á pesar de ser combatida por apasionados é implacables adversarios, condenándola como desconocedora de la razón de su misma existencia, negándole toda filiación filosófica y tachándola de enemiga de la pátria, no obstante tan calumniosos epítetos que la sana razón y el recto criterio rechazan como absurdos, ha desvanecido las preocupaciones que le rodeaban y demostrado á la faz del mundo entero, cuales son las verdades y bellos principios que encierra la ciencia que indica al humano linaje el camino de su bienestar.

El hombre con todo su poder; en su contínuo batallar con lss elementos, en sus luchas infatigables é incesantes con la naturaleza, no puede crear ni el más leve átomo, no puede adicionar ni la más insignificante partícula á la masa de la materia que compone el universo. La facultad creadora, el mágico y sublime poder de sacar algo de la nada, está única y exclusivamente reservado al *Supremo Ser*. El solo imperio que el hombre posee sobre la naturaleza es la acción de combinar, transformar, adicionar, fraccionar y dirigir en fin, todas sus facultades á dotar á la materia de una utilidad y un valor, que pueda hacerla más aplicable á los múltiples usos á que se la destina.

La industria moderna que realiza los mayores portentos; la industria que salvando los obstáculos que le opone aún la misma naturaleza puebla de innumerables bajeles, las soledades del Occeano; que convierte en deliciosas mansiones los lugares antes yermos y desiertos de toda vegetación; la industria que abrevia prodigiosamente las distancias y trasmite el pensamiento con la vertiginosa rapidez del relámpago, no puede adicionar nada á la grandiosa obra de la creación.

El laborioso artesano ocupado constantemente en las rudas faenas del campo, no crea los frutos, sino que se limita á lanzar la semilla, y después de ciertas operaciones verificadas en la tierra, esta en virtud de su fuerza productiva y auxiliada por los dones, con que le brinda la pródiga naturaleza, ofrece al labrador la recompensa á su trabajo. Un poeta, un escritor, que compone una obra; puede decirse que la han creado? seguramente, no. El literato y el artista no hacen más que emitir en sus obras las tradiciones populares y las tendencias de la época; para esto se inspira en sus ideas, en su genio, en su inteligencia, cualidades singulares con que le ha dotado la mano del *Creador*. El insigne Camoens no ha creado su poema *Os lusiadas*; Cervantes tampoco ha creado su inmortal *Quijote*, ni Fidias su *Júpiter Olímpico*; Y así como al hombre no le es dado crear nada, del mismo modo, tampoco posee la facultad de anonadar la más leve particula que forma la materia; lo que parece cesar de existir, no hace más que cambiar de forma y convertirse en un nuevo producto, en un nuevo elemento que vuelve á ejercer sus funciones en el imperio de la impenetrable sustancia que compone el mundo.

La evaporación del agua; el grano de arena que se pierde en el espacio, bajo el impetuoso soplo del huracán; la fragante y odorífica rosa que se desvanece en perfumes, no se aniquilan. Cuando quemamos un trozo de leña, dice muy oportunamente un ilustre escritor, nos creemos que las diversas partes de que se componía se han consumido por el

fuego; pero la invariable balanza del químico, nos demuestra al momento lo contrario: sobre no haber perdido el más leve átomo, ha aumentado, con algunas materias tomadas del aire por efecto de la combustión.

No obstante, lo que acabamos de esponer, apesar de que el hombre nada crea, ni nada destruye, ¡que grande es su poder! ¡Que extensos horizontes se dibujan ante su penetrante mirada! ¡Que vastos dominios ofrece la naturaleza á su incansable actividad!

Ahora bien, señores, la materia puede existir independientemente de la acción humana, pero ¿cómo? Permanecería aislada, sin utilidad, sin valor, sin poder aplicarse á los fines de la vida. El hombre auxiliado de sus ingeniosas facultades y de los diversos medios que posee á su alcance, imprime á la sustancia una utilidad de que antes carecía; la dá nuevo vigor, nueva vida, la transforma de tal modo, hasta hacerla aplicable á la inmediata satisfacción de sus necesidades.

Estas necesidades varían hasta lo infinito, puesto que la Humanidad no llega nunca á satisfacerlas totalmente y hé aquí por qué las funciones del hombre sobre la materia son también infinitas.

En cualquier época, lugar ó en cualquier circunstancia de la vida, el hombre siempre carece de algo.

Apenas se ha procurado los alimentos para subsistir, necesita una piel con que cubrir sus desnudas carnes, una choza donde guarecerse de la intemperie y librarse de la multitud de dañinos animales que contínuamente amenazan su existencia.

¿Pero es esto suficiente á satisfacer las necesidades del género humano? No; á medida que este avanza en el camino de la civilización, aquellas van siendo mayores y más imperiosas; ya no le guía solo la idea del instinto, peculiar á todos los animales; su inteligencia necesita cultivarse. Recibe continuamente nuevas impresiones que modifican su existencia, y por tanto, piensa, formula juicios, se siente atraido por la

sensibilidad y el placer, y el deseo de la paternidad despierta en el hombre irresistible impulso á dar abrigo á los seres que engendra.

La amistad y el afecto á los demás hombres; el cariño á la familia; el amor á la patria; la creencia en un *Ser supremo;* el deseo de admirar y comprender, son para la Humanidad otras tantas necesidades, que en vano procura satisfacer por completo. Pero si el bien individual no puede alcanzarse enteramente; si el hombre apesar de sus titánicas luchas con los elementos no puede llegar á su completa perfección, no debe por eso desmayar ante los más insuperables obstáculos sino proseguir esa eterna lucha que constituye la grandeza de su genio y si no obtiene el resultado de sus elevadas aspiraciones, al menos habrá conseguido aproximarse á ellos lo más posible y procurarse la mayor suma de utilidades con que atender á sus múltiples necesidades.

Esta utilidad, este valor, esta riqueza, por decirlo así, que el hombre produce, imprimiendo á la materia el sello de su actividad, no es solo el fruto de sus potentes é ingeniosas facultades, necesita también el poderoso é imprescindible auxilio de la Naturaleza.

Sean sus necesidades físicas, intelectuales ó morales, el globo terrestre le brinda todos los medios de satisfacerlas.

Para llenar las primeras, pone á su disposición los elementos necesarios para la subsistencia. Las segundas encuentran su satisfacción en el estudio de la Naturaleza misma. Y si nos circunscribimos á las necesidades morales, desde el estrecho círculo que nos rodea hasta el autor de todo lo creado, se presentará á nuestros ojos ancho campo y en él multitud indefinida de seres con que saciar nuestra sed de amor y nuestros deseos de purificar el pensamiento y de elevarlo al bien. La naturaleza pone pues los objetos y el hombre ofrece sus facultades. La aproximación de estos elementos, de modo que ambos concurran al mismo fin propuesto, es pues la árdua empresa que está encomendada á la humana actividad.

Estas transformaciones, estos cambios de forma, esta lucha constante del hombre y la naturaleza, esta eterna metamórfosis de las pristinas materias, supone la existencia de ciertas y determinadas leyes deducidas casi todas del frondoso árbol de la ciencia.

El estudio de las leyes; la investigación de sus relaciones, en cuanto se refiere al desarrollo y perfeccionamiento del linaje humano, el estímulo del beneficio y el interés personal, seguido por la libre actividad, constituye una de las ramas de las ciencias sociales, para cuya exposición y análisis he suplicado vuestra benévola atención.

La Economía política, señores, apesar de ser muy joven aún, no obstante de contar apenas dos siglos de existencia, no ha sido ignorada desde la más remota antigüedad. La natural inclinación á ocuparse de las doctrinas relativas al orden social de las riquezas, se había manifestado ya desde Aristóteles y Jenofonte.

Así como el hombre procura desde su más tierna infancia un porvenir lisonjero que pueda asegurarle la mayor suma de utilidades, á fin de hacer más llevadera su efímera existencia, del mismo modo la Humanidad, debió desde sus primeros pasos por la tierra, manifestar una tendencia y una inclinación á conseguir su bienestar. Así es que el origen de la Economía, se pierde en la tenebrosa noche de los tiempos, pero estando el trabajo en las remotas épocas á que nos referimos entregado á manos serviles y siendo considerados los que lo ejercían como seres despreciables, esto esplica satisfactoriamente por qué la teoría económica no pudo en aquel entonces elevarse á la categoría de una ciencia siendo por consiguiente desconocida como tal.

El Asia, como cuna del género humano, debió también ser la primera región del globo, donde brillara la luciente antorcha de la civilización.

Los primeros pueblos que aparecen en la escena histórica del mundo, son los hebreos, los fenicios, los persas y los

chinos. En cada uno de estos pueblos orientales se desarrolla una tendencia y un fin distinto, una idea absoluta que encarna de tal modo en su carácter, que anula totalmente todos los demás fines de la vida. Así los chinos que desenvuelven solo los actos materiales de su existencia; el carácter de los persas eminentemente militar; y el genio comercial de los fenicios, demuestra de una manera clara, las diversas inclinaciones que animan á estos pueblos.

Por otra parte la religión, consistente en crueles sacrificios; la división de los pueblos en castas que imposibilita la igualdad individual bajo el aspecto económico; la esclavitud, terrible llaga gangrenaba las sociedades antiguas y otras muchas ideas que admitidas por aquellos pueblos, oponían gigantescos obstáculos al nacimiento de la ciencia económica.

Los pueblos donde se encierra toda la civilización antigua, son Egipto, Grecia y Roma, especialmente los dos primeros. A estas regiones es á donde debemos acudir á buscar los primeros hechos que registra la historia de la Economía política.

Las artes entre los egipcios, llegaron á tan grande altura, que no había pueblo que le aventajase en aquel tiempo. Las frecuentes y periódicas inundaciones del Nilo, que fertilizando los terrenos más áridos é incultos, los convertían en feracísimas campiñas idóneas, por esta circunstancia, para toda clase de cultivo; las grandes obras hidráulicas y de otro género, que ilustrados monarcas emprendieron, especialmente durante la dinastía Sesóstrida para regenerar el país de los efectos producidos por los errores de ineptos gobernantes, estas circunstancias y otras muchas que no me detendré á enumerar, hicieron del pueblo egipcio uno de los más adelantados de la antigüedad. Las leyes recomendaban allí el trabajo al pueblo, fenómeno verdaderamente curioso en aquel entonces y que sienta un gran precedente para los fines económicos. La magistratura modelo que existía allí, hizo que Herodoto, Homero, Solón, Licurgo y otros sabios, singularmente de Grecia, fueran al Egipto á estudiar

sus costumbres y sus sabias leyes, trasportándolas á sus respectivas naciones. Pero este país al que va ceñido tanta gloria, estuvo siempre convertido en un permanente jeroglífico, y esta es la gran dificultad que siempre ha detenido á los historiadores en sus investigaciones, de los principales hechos y de la historia interna del antiguo país de los Faraones. Y estos obstáculos que se han opuesto á la investigación de los adelantos científicos entre los egipcios, se manifiestan también al buscar los hechos económicos, no obstante que el progreso de aquel pueblo supone que no debieron ser completamente desconocidos y así al menos lo atestiguan los obstruidos canales, los misteriosos obeliscos, las enormes columnas y gigantescas pirámides, que pretenden elevarse hasta las regiones celestes y otras tantas portentosas obras, que detienen el espíritu humano y despiertan en él un irresistible deseo de conocer tanta sublimidad.

Bajo el aspecto económico, los fenicios tienen gran semejanza y analogía con los egipcios, por lo grave y severo de su carácter.

Deudora le es la civilización al pueblo fenicio, de grandes elementos de prosperidad, que tanto han contribuido al engrandecimiento de los pueblos. Verdad es que no estuvo exenta de los errores supersticiosos que imposibilitaron en gran manera el adelanto de muchos pueblos antiguos; pero si los cruentos sacrificios humanos, que las prácticas religiosas imponían á los fenicios, no hablan nada en su elogio, al menos el cultivo de las ciencias, la invención del alfabeto, la legislación mercantil, el crédito y la libertad de comercio, son instituciones que mantienen imperecedero en la historia el nombre de los mercaderes de Sidón y Tiro.

Al hacer estas breves anotaciones de los puntos más culminantes de las leyes económicas, tal como lo vamos practicando no debemos levantar nuestra pluma sin consagrar un grato recuerdo al pueblo hebreo, que, sobrepujando á las ideas admitidas en la antigüedad, demuestra haber co-

nocido en el ejercicio pacífico de su actividad, los grandes problemas sociales que aun en nuestros días se están ventilando. Todo lo que constituía utilidad era considerado por los hebreos como una riqueza. La moneda, la arquitectura. el repartimiento de las contribuciones fijas, etc., prueban bien el elevado grado de su adelanto.

Debe no obstante advertirse que esta actividad en el trabajo manifestada por el pueblo hebreo, tenía un carácter completamente transitorio, pues solo el celo religioso era el que animaba al trabajador y lo inducía al acrecentamiento de las riquezas para poder costear el culto, debiéndose à este fanatismo el desconocimiento de la propiedad y de otras importantes instituciones que para ellos pasaron desapercibidas.

Hasta aquí los hechos económicos más sobresalientes que registra la historia de los pueblos orientales, en los cuales no encontramos más que principios aislados y que dan muy débiles señales del conocimiento de los grandes fines que se propone la Economía.

Si dejando ahora á un lado las lejanas regiones asiáticas y africanas, penetramos siguiendo la corriente de la civilización antigua, en Europa, el único pueblo que se presenta á nuestra vista en todo el apogeo de su grandeza es la Grecia, cuyos habitantes más hábiles quizás que los fenicios en las artes del comercio, y más valerosos que los persas en la guerra, regularon por mucho tiempo los pasos de la humanidad á través de la brillante carrera que en épocas y edades dirigió hacia el progreso.

Y esta civilización del pueblo heleno, no estaba vinculada en una determinada rama de la ciencia, sino que afectaba á todo el conjunto de los conocimientos humanos; así se explica que la ciencia económica dejara ya ver aquí algunos resplandores de su existencia.

La cuna donde nació la filosofía no podía relegar en las tenebrosas sombras del olvido, la ciencia que procura la mejora y el perfeccionamiento del hombre, bajo sus diversos aspectos.

Todos los principios que presiden el desarrollo y adelanto de los antiguos griegos, favorecen de una manera grandiosa la creación de la Economía. Su religión representada por el *Antropomorfismo* en el cual los dioses que moran en las altivas y encantadoras regiones del Olimpo, comunican contínuamente con los mortales, tomando activa parte en las cuestiones de su más vital interés y excitando en ellos el amor á las artes y al trabajo material; su organización política que los constituye en un pueblo potente y vigoroso, su filosofía, cuyos cultivadores abarcan en conjunto toda la sabiduría. Estas circunstancias patentizan la verdad del ideal humanitario que presidían todos los hechos de este pueblo creador y original.

Pero cuando verdaderamente desarrolló de un modo poderoso sus instituciones de libertad y perfeccionamiento de la vida industrial y pública, fué al terminar las heróicas y gloriosas luchas que durante tanto tiempo sostuvo con su eterno rival el imperio pérsico. Entonces merced al benéfico influjo de la profunda paz que siguió á aquellas, se dedicó á fomentar en grande escala, la agricultura, tenida en aquella época como la única fuente de la riqueza, al mismo tiempo que sus filósofos y hombres de estado, sentaban los precedentes que habían de regular la libre actividad.

Solón, uno de los siete sabios de Grecia y el legislador más notable y más antiguo de este país, aconsejaba en su celebrada constitución el ejercicio del comercio y el respeto á la propiedad. Y estudiando de una manera superior las funciones que la moneda ejerce en la vida industrial, cree que no debe ser considerada más que como una mera mercancía. Demóstenes en sus arengas nos dá alguna luz sobre la existencia de las bolsas, letras de cambio y aun de la moneda imaginaria.

Pero los que más se ocuparon entre los helenos de materias económicas, fueron sin duda alguna Aristóteles y Jenofontes. Opina el ilustre jefe de los *peripatéticos* que la riqueza

es la abundancia de cosas útiles producidas por el trabajo doméstico ó público, concediendo á aquella tal importancia, que no vacila en manifestarnos que su estudio es una verdadera ciencia y para la cual propone el nombre de *Chrematística*. No hechó tampoco en olvido los trabajos *inmateriales*, cuyas grandiosas ventajas no se han patentizado hasta nuestros días y respecto al comercio dice que es el punto más importante de la Economía y el que más contribuye á unir y relacionar unos pueblos con otros.

Respecto á Jenofontes en su obra denominada *Economías*, se manifiesta más bien filósofo que hombre de estado; más teórico que práctico. Desprecia las artes manuales porque quitan el vigor al cuerpo, pero en cambio ensalza la agricultura que le dá más fuerza y energía y le hace apto para la guerra que constituye en este país un ilimitado derecho y una virtud el resultado de la victoria. También tuvo Jenofontes idea de la *división del trabajo* (1) hipótesis que tan superiormente había de desarrollar más tarde el fundador de la ciencia económica.

Pero entre los griegos como en muchos pueblos antiguos, muy pocos eran los que consideraban la producción y distribución de las riquezas como una ciencia, sino como una mera especulación; así es, que los sabios no se preocuparon en investigar los principios generales que preside esta acción individual, creyendo que toda fuerza productiva de un estado, consistía más bien que en su industria, en sus virtudes. No es pues tampoco estraño que el dinero sea considerado por

---

(1) En las pequeñas ciudades unas mismas personas hacen las camas, las puertas, las azadas, los tablazones; muchas veces la misma persona hace la casa y se considera feliz de encontrar bastante gente que se ocupa en ganarse la vida; pero es imposible que un artesano trabajando indistintamente sea igualmente perfecto en todos los trabajos. En las grandes ciudades, al contrario, la necesidad que tienen muchos de un mismo género, hace que un solo oficio proporcione á cada uno con que vivir, pues uno hace calzado para hombre y otro para mujer, otro gana su subsistencia en coser borceguíes, otro en cortarlos, quien hace vestidos nuevos y quien los compone.—*Ciropedia, lib. VIII, cap. II.*

algunos, como cosa perjudicial y dañosa á la prosperidad y grandeza de las naciones, pues si se esceptuan Solón y Licurgo apenas se oye hablar de moneda en los libros griegos.

También la esclavitud estendió aquí sus garras en proporciones aterradoras, empleándose á los infelices esclavos en los servicios más bajos é indignos y negándoseles hasta el derecho de defensa natural.

Y con tales medidas, ¿había de progresar la Economía política? Tan opuestos principios ¿habían de constituir una ciencia?

El mismo Platón dice: «la Naturaleza no ha hecho ni herreros, ni zapateros, y semejantes ocupaciones degradan á las personas que las ejercen; viles mercenarios, añade, miserables sin nombres, excluidos por su misma condición de los derechos públicos. Jenofontes, modelo de rectitud y severidad, esclama también en su tratado de las leyes «las artes manuales son infames é indignas de un ciudadano.»

Pero ¡ah! señores, en medio de tanta ceguedad; á través de tantos errores: no faltan indivíduos ilustres de alma elevada y de sentimientos generosos, que alcen su autorizada voz á favor de la mancillada causa de la Humanidad. Aun esos que de aquella manera hablan, horrorizados de su propia obra y temiendo el severo é imparcial juicio del recto tribunal de la Historia, refutan sus mismas teorías y reconocen la grande injusticia que cometen al condenar como degradante y mezquina la poderosa acción del hombre sobre la materia.

Así Platón y Jenofontes que condenan tan enérgicamente el trabajo manual, nos han dado respectivamente las mejores definiciones, sobre la *división* del mismo, y hecho atinadas observaciones sobre los *capitales productivos* é *improductivos*. El mismo Aristóteles que no vacila en establecer una profunda línea divisoria y una insuperable valla entre los hombres libres y los esclavos, viene á consagrar á la riqueza debida al trabajo gran parte de su tratado de *Política*.

Tales contradicciones, entre los hombres inteligentes, tales

principios absurdos, admitidos sobre algunos puntos de la Economía, no podía menos que impedir el desarrollo de esta ciencia, porque aunque las teorías económicas se aplicaran para los fines materiales de la vida, esas teorías no podían perfeccionarse, pues además de ser empíricas, eran injustas y á veces bárbaras.

Otro tanto podemos decir del Imperio romano, pues aunque las tendencias de los hijos del *pueblo rey*, hacia la igualdad política y social; su amor á la libertad y severidad de costumbres, sobre todo hasta el fin de las guerras púnicas, revelan algún conocimiento de las leyes económicas, éstas no podían adquirir gran prosperidad, pues siendo Roma un pueblo conquistador por excelencia y aspirando á dominar el mundo, se veía contínuamente agitado por las eternas luchas que precisaba sostener con sus numerosos rivales. Pero habiendo este pueblo recibido su civilización de Grecia, creyó como esta República, que la riqueza no consistía más que en la agricultura, despreciando todas las demás artes, como innecesarias. Así vemos á Virgilio escribir por orden del mismo Augusto, sus *Geórgicas*, donde pinta poéticamente las bellezas de la vida agrícola.

Dícese también que este Emperador hizo un censo de la población y riqueza, organizando regularmente la administración é introduciendo en ella grandes reformas, pero desgraciadamente para el pueblo romano no fué muy duradera esta situación, pues pronto la inmoralidad y la corrupción, invade las esferas del poder real, y el lujo, la afeminación y el bárbaro espectáculo de los circos reemplazan por todas partes al trabajo, y el pueblo que amenazaba aprisionar al universo, viene á finalizar, como dice el ilustre Balmes, como las pirámides geométricas, que empiezan por una ancha y sólida base y concluyen en una aguda é inaccesible cúspide.

Tal era el estado de la civilización del mundo y tal era también la situación de la ciencia económica, cuando la

aparición del cristianismo al finalizar la edad antigua, y la irrupción de los bárbaros al empezar los tiempos medios, vinieron á introducir un cambio profundo y radical en los rangos y relaciones de la Economía. La predicación del Evangelio rehabilitó el trabajo; consagró la previsión y el ahorro como medio de adquirir capital y riqueza; y proclamó la igualdad humana, como condición natural del hombre.

Verdad es que al surgir la edad media, sobreviene un caos espantoso y una confusión terrible con la invasión de los bárbaros del Norte en Europa, que abre un largo paréntesis al progreso de todas las ciencias, pues apareciendo con estos pueblos nuevas instituciones sociales, políticas y religiosas, las doctrinas evangélicas encuentran grandes obstáculos viéndose perseguidas tenazmente.

El feudalismo aparece ahora en todo su apogeo, extendiendo por doquier la inseguridad y el desorden, anula la autoridad del poder real y mantiene á los pueblos en un estado perpétuo de guerra y anarquía.

El señor feudal es dueño de todas las tierras que conquista, gobernándolas con entera independencia y la propiedad vuelve por consiguiente á ser patrimonio de unos cuantos que la convierten con la servidumbre y los privilegios señoriales en un verdadero monopolio.

Pero llega un día en que el cristianismo se apodera de las conciencias de los invasores, y, triunfantes al fin las doctrinas verdaderas, estienden su bienhechora influencia sobre todos los pueblos y establecen la nueva sociedad, que algunos años antes amenazaba precipitarse en el abismo, y si el excesivo fervor religioso, el fanatismo y las tendencias ascéticas que impulsaron en los primeros momentos á las doctrinas de Cristo, hácia el desprecio de los bienes terrenos, impidieron momentáneamente el desarrollo de la Economía; hechos pasajeros fueron estos, que el espíritu de la civilización en los modernos tiempos ha logrado subyugar.

# II.

Los grandes descubrimientos que caracterizan el período histórico de la edad moderna y no pequeña parte de los tiempos medios, son hechos sumamente importantísimos bajo el aspecto económico y civilizador.

El descubrimiento de la *brújula*, dá á la navegación facilidades hasta entonces desconocidas y permite á las embarcaciones alejarse de las costas de donde antes no podían salir y surcar la inmensidad de los mares, haciendo accesible como consecuencia de esto, el descubrimiento de lejanas é ignoradas regiones y facilitando de un modo portentoso la actividad de la acción mercantil.

La *pólvora*, aplicada desde luego á la guerra, dió orígen á una de las industrias que por desgracia para la causa del género humano alcanza en nuestros días exageradas proporciones.

La *imprenta* que causó una revolución en el mundo intelectual proporcionando medios de propagar toda clase de conocimientos hasta la esfera más íntima de la sociedad.

El descubrimiento de la América por los españoles y del paso de Buena Esperanza por Vasco de Gama, puso en manos del hombre poderosos medios de dar grande impulso á la libre actividad, á la industria y al comercio.

Todos estos elementos de prosperidad que tanta fuerza tuvieron más tarde en el engrandecimiento y poderío de los pueblos, fueron preparando hábilmente el camino á la aparición de la ciencia económica, que muy pronto desenglobándose de las demás ciencias, surgió de entre ellas; mas no se crea que su formación aconteció rápida y velozmente á la manera de la diosa Minerva saliendo de la cabeza de Júpiter, nada menos que tres sistemas precedieron á su crea-

ción, en los cuales puede decirse que se encierra y circunscribe la historia de la *Economía política*.

Los onerosos tributos que para sostener calamitosas guerras y mantener el fastuoso lujo y la magnificencia de la corte, hubo que imponer á la Francia durante el reinado de Luis XIV, obligaron á su afamado ministro Juan Bautista Colbert (1) á meditar de qué modo podría aumentar la riqueza nacional para hacer frente à las contínuas necesidades de la corona y de sus ejércitos permanentes, que eran la fuerza material de aquel conquistador monarca.

Aquel ministro no halló otros medios para conseguir su objeto, que hacer afluir de cualquier modo el dinero á su pais, sin cuidarse para nada, de las consecuencias que producir pudieran los artificios de que para ello se valía.

En tales circunstancias, afanóse á fomentar por todos los medios posibles las pequeñas y grandes industrias, haciendo caso omiso de la agricultura y olvidando sin duda que en un pueblo libre é inteligente, esta es la fuente inagotable que da pábulo á la acción industrial y mercantil.

La experiencia y la práctica en los negocios públicos, demuestran palpablemente que el aumento excesivo de los impuestos, nunca ha hecho progresar la renta de un estado más que de una manera efímera y transitoria, pues lo que se obtiene con sudores, privaciones y sacrificios, se disipa en el momento mismo que sale de las manos del contribuyente. Error y error grandísimo es este de que adolecen la mayor parte de los gobernantes, que, bien sea por la imperiosa necesidad de sostener un fausto superior á lo que pueden los ingresos en las arcas del erario público, ó bien ya para atender á imprevistos compromisos internacionales, se ven precisados á recargar determinadas industrias de escesivas contri-

(1) J. B. Colbert nació en Reims en 1619, hombre de carácter severo é intransigente, fué recomendado á Luis XIV por Mazarino, elevándose á las primeras dignidades del estado y rigiendo por bastante tiempo los destinos de Francia. Murió en 1683.

buciones, creyendo que de este modo consiguen su objeto que es obtener dinero. Sí consiguen al fin la ventaja que desean, pero ¿á que costa? á costa de la producción del país en general, puesto que los beneficios que se obtienen son puramente accidentales, y para poder poseerlos de este modo, es preciso que se resientan todos los elementos que contribuyen á engrandecer una nación.

Colbert conocía todo esto, sabía que con los impuestos extraordinarios no podia allegar los recursos que necesitaba, tenía pues que dirigir sus ojos á otro punto para realizarlo, y en efecto, después de un meditado y profundo estudio de todos los manantiales productivos del país, sacó en consecuencia que el comercio y la industria podían llevarle adelante en su artera empresa.

Basado en tales principios se dedicó el infatigable ministro á proteger las industrias nacionales á fin de dar pábulo á la acción mercantil que iba á inaugurarse. Pensó al mismo tiempo que facilitando las exportaciones de los productos franceses al extrangero é imposibilitando la importación de estos en el país, exceptuando los que servían de primeras materias á la industria, podía por estos medios hacer afluir el dinero é impedir su salida del reino.

Pero lo más lamentable del *Sistema Mercantil* (así denominado por los economistas), fué que los gobernantes de la vecina República no atendiendo mas que á los pingües resultados producidos por el nuevo sistema, descuidaron completamente la industria agrícola, que, no pudiendo resistir al rudo embate de tan terrible golpe, dejó al fin de existir. La Francia proveía á casi toda Europa de sus productos, el dinero afluía á todas partes y probada aunque en apariencia lo acertado del sistema seguido por el gobierno, mientras que en el pueblo obrero el pauperismo y la miseria aumentaba paso á paso, amenazando sumir á la nación en una espantosa crisis económica.

Enfrente de las dotrinas de Colbert, apareció en los prime-

ros años del pasado siglo un nuevo sistema apellidado *fisiocrático* que reconoce por fundador al médico Quesnay (1), el cual en una larga serie de escritos que dió á luz, trató de probar que la Naturaleza era la única potencia creadora y que la agricultura era la más importante entre todos los elementos productivos. ¿Vive la sociedad del oro? tal era la pregunta que los fisiócratas oponían á los partidarios del sistema Mercantil.

La tierra según los defensores de Quesnay, es la que únicamente proporciona al hombre sustancias con que satisfacer sus necesidades; frutos con que alimentarse; manantiales donde apagar su sed; hojas y corteza de árboles con que cubrir sus desnudas carnes. Además, el cultivo de la tierra aumenta la cantidad de materia existente y duplica los productos. Pero ¿puede labrarse la tierra sin el arado ó la azada? Luego es indispensable aquí el capital. Por otra parte los fisiócratas olvidan que para obtener los frutos es indispensable cogerlos y modificarlos para poder hacer uso de ellos; y esta operación necesita trabajo; en su consecuencia la agricultura tampoco puede vivir sin este elemento.

Todos los ramos de la industria tienen análoga importancia, porque todos se dirigen á producir riqueza y contribuyen indistintamente á la mejora del indivíduo.

Una nación puede sobrepujar á otras en una industria determinada y obtener en ella su prosperidad, pero es lo cierto que esta prosperidad no puede ser muy duradera si no viene en su auxilio y como un complemento, otras industrias, y la agricultura está comprendida en esta regla, más que ningún otro punto de la actividad humana. Al contrario sucede á las ciudades mercantiles; Sidón y Tiro en los tiempos

---

(1) Francisco Quesnay nació en Merci en 1634 y falleció en 1774, dejando escritas muchas obras, entre ellas, una titulada *Cuadros económicos*, que es de reconocida importancia.

antiguos; Venecia Génova y las ciudades Anseáticas en la edad media y Holanda é Inglaterra en nuestros días, son latente ejemplo de lo que afirmamos. *La reina del Adriático*, flotando sobre sus tranquilas lagunas y sin poseer apenas un palmo de tierra llegó á ser el emporio de la riqueza por su comercio. La misma Inglaterra que tan influyente es hoy en los destinos del mundo goza próspera vida apesar de poseer un suelo infecundo y esteril.

La improductivilidad de la escuela fisiocrática se puso más de manifiesto al dibujarse en el horizonte político los primeros albores de la Revolución francesa, pues debatiéndose en aquellas asambleas legislativas el complicado problema de saber sobre que clase de producción era preciso hacer pesar el impuesto, se vió con pesar cuán deficientes eran las doctrinas del médico de Merci, para impedir los progresos de aquella anárquica situación, pues Turgot y Necker, ministros de Luis XVI, que profesaban los principios de aquel, recargaron de exorbitantes tributos la propiedad territorial al mismo tiempo que olvidaban lo que quizás hubiera podido salvarles: los capitales y la industria.

Tal orden de cosas unido á un fatal encadenamiento de circunstancias preparó la gran catástrofe de la Revolución, que, como dice Lamartine, fué una revolución del espíritu humano, pues puso fin al poder despótico de los reyes, devolviendo al hombre sus propios derechos y estableciendo sobre los fragmentos del moribundo absolutismo, la libertad política, la igualdad y la fraternidad universal.

Al mismo tiempo que se desarrollaban en Francia las teorías de Quesnay, había en la ciudad de Glasgow un filósofo escocés, que enseñaba los principios de la *Economía política*, y que así como el *sistema mercantil* y el *fisiocrático*, hacían consistir el orígen de la riqueza, respectivamente en el dinero y en la tierra, el filósofo á que nos referimos la hayaba en el trabajo.

El profesor de Glasgow, que no era otro que Adam Smith

(1) pasó á Francia en los críticos momentos en que se agitaba allí la grave cuestión de subsistencias y aunqùe el escocés habia sido educado en las doctrinas de Quesnay disintió pronto de ellas, comprendiendo la inexactitud de un sistema que ponía todas las cuestiones vitales en práctica sin decidirse á resolver ninguna.

Como fruto de sus meditaciones publicó en 1776 una obra que causó un trastorno completo en la esfera económica.

En esta trascendental obra espone Smith que «la riqueza de una nación consiste en el conjunto de todos los valores negociables producidos por el trabajo.» «La tierra no produce sin este elemento,» añade, luego el trabajo es la riqueza.

Desde la producción más sencilla é insignificante hasta las más perfecta y útil, desde el objeto más trivial al más sublime, no pueden existir ó aplicarse á satisfacer nuestras necesidades, si sobre ellos no se ha ejercido esa acción reflexiva y voluntaria de nuestras facultades.

Con el trabajo las tierras producen en abundancia; con el trabajo las artes y las ciencias florecen; con el trabajo se cubrieron de opulentas ciudades, de ricos vergeles, de hermosuras, sin cuento, las áridas é infecundas soledades de la Gran Bretaña y por el trabajo en fin el hombre ha conquistado su libertad y se ha elevado desde la triste condición del salvaje á la encumbrada categoría de los pueblos civilizados.

La riqueza no puede pues adquirirse independientemente del trabajo y esto indica la necesaria armonía de todos los elementos productivos, tal como lo realizó el fundador de la ciencia económica, pues Smith tuvo la prudencia y el considerable acierto de no hacerse esclusivo, y dejó á la

---

(1) Smith nació en Kirkaldi (Escocia) en 1723; en 1763 pasó á Francia y alli fué discípulo de Quesnay. Después se retiró á su patria, donde después de meditar diez años, publicó su grandiosa obra, *Investigación de la naturaleza y causa de la riqueza en las naciones.*

tierra y á los productos acumulados una gran esfera de acción en la formación de los capitales, impidiendo al mismo tiempo el predominio exagerado de las clases manufactureras sobre las agrícolas.

El amor al trabajo; el progreso de la industria nacional; la repartición de los impuestos con equidad y moderación; el interés y la independencia individual; la libertad absoluta; la libre concurrencia; la virtud y la instrucción por medio del trabajo, ¿no son elementos suficientes para elevar á un pueblo desde la barbarie á la civilización?

¿Que otra cosa necesitaba el economista escocés para realizar sus doctrinas y destruir los dos sistemas *fisiocràtico y mercantil* que hacer una simple comparación? ¿Como pues no vamos á bendecir tan bellas teorías?

Si no fué siempre justiciero en sus consecuencias; si cayó en algunos errores; si llevó sus doctrinas á veces hasta el exceso; si no pensó que el talento es un capital acumulado y olvidó por consiguiente lo que vale la profesión del abogado, del médico y del magistrado, debe perdonársele en virtud de las dificultades que logró subyugar y de la ignorancia que manifestaron sus antecesores. Perdonemos si, al ilustre fundador de la Economía política estas inadvertencias por los muchos beneficios que su sistema produjo á la humanidad entera.

Ahora bien, Señores, las nuevas doctrinas que penetraron en la práctica con la rapidez del rayo hicieron sucumbir las trabas que se oponían á la libre actividad mercantil, deslindaron los campos antes no bien limitados de la agricultura y la industria; y como el comercio exige justicia, igualdad y seguridad, podemos decir sin titubear que las teorías de Smith abrazaron todos los elementos que constituyen la vida social. La ciencia económica debe al sabio hijo de Escocia lo que la magistratura á Papiniano y Guizot, lo que la astronomía á Copérnico y Galileo; lo que la Química á Scheel y Lavoisier.

Esta armonia en que se basan todos los hechos económicos fueron desarrollando á paso agigantado la Economía merced á ilustres economistas que imprimieron en ella el timbre de su actividad y de su genio.

David Ricardo (1772 á 1823) fué el primero después de Smith, que apoyado en los principios de este, patentizó la conveniencia de leyes justas y equitativas, encaminadas á regular la distribución de los productos en rentas, beneficios y salarios. Analizó superiormente el valor del trabajo sobre la agricultura y la industria y sostuvo con gran precisión de datos y formulas abstractas y algebráicas, que la renta es independiente de los gastos de producción y que estos son los que pueden regular con más exactitud el valor de los productos.

Guillermo Thomson, Mably y Morelly dieron á la ciencia económica una dirección más filosofica y humanitaria, proclamando ardientemente el libre-cambio y la ventaja de que todos los indivíduos de un estado gocen idénticos beneficios, creyendo además indispensable la participación del bello sexo en la esfera de la actividad industrial, idea que aunque lentamente va fructificando ya en algunas naciones y que ha de contribuir no poco á la grande obra del progreso humano.

Es necesario advertir, Señores, que la ciencia económica, poseyendo tan ancho campo y una esfera de acción tan dilatada, ha tenido siempre poderosos medios para alejar al público de la verdad científica. Atendiendo á estas circunstancias no es pues de estrañar la diversas escuelas económicas que al principio del siglo actual y último del pasado se fundaron, basadas muchas de ellas en opuestos é incompatibles principios. Pero no hay que negar que si estas escuelas científicas introdujeron una gran perturvación aunque momentánea en las relaciones económicas, fueron en definitiva favorables al progreso de la ciencia, pues las que tenían por base las teorías de Smith descubrieron y analizaron mu-

chos puntos que la Economía actual considera y que el ilustre fundador de la ciencia había pasado desapercibidos. Todos estos sistemas tenian por objeto hermanar la religión con la razón y la enseñanza de las ciencias, siguiendo así las tendencias de la población ilustrada. Y estas tendencias tan naturales puesto que llevaban por lema la civilización y el progreso facilitaban prodigiosamente la aparición de nuevas doctrinas y nuevos apóstoles.

Al sistema económico de Saint Simón y Fourier que proclamaba la caridad, el amor al prógimo y la fraternidad, siguió el de Enfantín y Bavard, constituido con los mismos elementos que aquel y basado en los propios principios, circunstancia que hizo muy pronta, necesaria y conveniente la fusión de ambas fracciones económicas.

El abate Roberto de Lamennais se erigió muy pronto contra esta fusión, desarrollando sus ideas legitimistas, y como propagador incansable del poder ilimitado tanto del Estado como de la Iglesia de Roma.

*La Revolución de Julio* de 1830 que arrojó del trono de Francia la dinastía de Cárlos X y colocó la real diadema en las sienes de Luis Felipe, obligó al abate Lamennais á modificar totalmente sus fanáticas ideas, y á dar á su genio apasionado una tendencia democrática, declarándose ahora defensor heróico de la soberanía del pueblo y poco más tarde de la libertad de conciencia, de la prensa y de la discusión.

No podía la crítica científica permanecer silenciosa á la vista de tantas contradicciones y tantos sistemas salvadores de la sociedad; fué el primero en romper el velo de este silencio Pedro José Proudhón que remitió á un concienzudo estudio todos los sistemas sociales, pronunciando aquella célebre frase: *la propiedad es un robo*, y publicando obras tan interesantes como la que apareció en 1846 con el título de *Sistema de las contradicciones económicas* ó sea *Filosofía de la miseria* y la no menos interesante dada á luz en Besanzón en 1840 denominada: *¿Qué es la propiedad?* ó sea *investigación sobre el principio del derecho y del gobierno*.

Voy á terminar Señores Académicos, á fin de que mi disonante voz no moleste más vuestra atencion, pues por mi cansancio preveo el vuestro y no quiero abusar por más tiempo de la benevolencia que galantemente me habeis dispensado.

La considerable estensión dada á la primera parte de mi discurso me impide en esta segunda tratar con la amplitud que su importancia requiere algunos puntos de la ciencia económica, é indicar al propio tiempo aquellos hombres que con más ventaja la han cultivado y contribuido poderosamente á elevarla al alto puesto que ocupa entre las ciencias sociales, tema suficiente este último para estensísimas obras é imposible por consiguiente de desarrollarlo en los estrechos límites de una disertacion de esta clase. (1)

En nuestros días la Economía ha tomado una marcha puramente material, atendiendose más bien al aumento de las riquezas y á la prosperidad de la nación que á la de sus individuos. Por otra parte, los economistas se han fraccionado en dos grandes parcialidades, unos que defienden el libre cambio y otros que proclaman el sistema proteccionista. Los primeros enarbolan la gloriosa bandera de la libertad, unión y concordia entre todos los paises, por medio de los pacíficos fines mercantiles. Mientras que los proteccionistas aspiran á la autonomía de la actividad humana en las naciones; el completo aislamiento de las industrias nacionales, y eleva en fin inaccesible valla entre cada pueblo,

---

(1) Entre los hombres más ilustres y que con más ventaja cultivaron la ciencia economica, figuran: el intendente Gournay, que defendió ardientemente la libertad de comercio pronunciando las célebres palabras, adoptadas después por los fisiócratas, *laissez faire*, laissez passer. J. B. Say que analizó superiormente la producción y el consumo de las riquezas en las naciones. Roberto Walthus que hizo laboriosas investigaciones sobre la población de todos los paises del globo. Batiat, que demostró juiciosamente la influencia de las máquinas en la industria. Simondi, Storch, Gioja, Dumoyer, Rossi, Droz, Carey, J, Stuart Mill, Martínez de la Mata, Flórez Estrada, Pastor Ulloa, Alvarez Osorio, y otros tantos apóstoles de la causa civilizadora, que sería prolijo enumerar, y que ocupan nn alto puesto en los gloriosos anales de la Economía política.

obligándolos á bastarse á sí mismo, y contrariando de esta manera la invariable ley de la naturaleza, queriendo detener al mundo en su marcha triunfal hácia la asociación y la fraternidad universal.

En esta tenaz lucha que sostiene la luz con las tinieblas, la verdad con el error, los proteccionistas ven desaparecer rápidamente los girones de su bandera que abriga la ignorancia y la reacción, para dejar el paso libre á la verdad, representada por las nuevas ideas y que han de conducir á la ciencia económica al punto cenital de su grandeza.

He dicho.

# DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL PRESIDENTE

## D. José del Toro y Quartiellers.

Señores:

La amistad sincera que hace largo tiempo me une al compañero que desde ahora comparte nuestros trabajos, es el único movil que me ha impulsado á recabar para mí la honra de contestarle á nombre de la Academia, en este solemne acto, aunque para esto he tenido que olvidar por un instante mis pobres condiciones de escritor y mis escasas facultades de inteligencia.

En efecto, sucede en esta Academia, una cosa bien singular. Acaso recordando la frase bíblica «los últimos serán los primeros» me habeis elevado por unánime voto, señores Académicos, á un puesto que en realidad usurpo á cada uno de vosotros, pues si este puesto de Presidente con que me habeis honrado se adjudicase en estricta justicia, y por virtud de propios merecimientos, muy lejos estaría yo de ocuparle; la benevolencia de todos es la única razón que á él me ha traido: la modestia de cada uno de vosotros es la sola causa que en él me sostiene.

Convencido de estas verdades, procuro siempre cumplir las obligaciones de mi cargo hasta donde mis fuerzas lo permiten, pero también procuro en lo posible no comprometer con mi tosca palabra y mis pobres escritos la respetabilidad de la Academia.

Hoy abandono, sin embargo, esta prudente conducta y me espongo á que realizándose lo mismo que antes trataba de evitar, mi desaliñado discurso no sea digno en nada de esta corporación. Pero cómo llevo dicho, es mi amistad con el Sr. Estévez, la única causa de mi resolución; añadiendo á esto vuestra benevolencia siempre acreditada, abrigo alguna confianza, pues esa benevolencia, no será justificación para mi atrevimiento, pero si al menos disculpa y motivo para que en él continúe.

Ya que he manifestado la razón de encontrarme en este sitio y asumir en el solemne acto que se lleva á cabo, la representación de la Academia, comienzo con gusto á cumplir mi reglamentaria misión.

Como entendido en ciencias sociales, el Sr. Estévez ha buscado tema para su discurso en el fecundo seno de la Ciencia Económica, acertada elección que por sí sola acredita las grandes facultades que le adornan y que trae en contribución á esta Academia. En las ciencias sociales, están en efecto comprendidos los grandes problemas de nuestra época, problemas gravísimos que no han tenido hasta ahora solución. Ocuparse de esas ciencias, y tratarlas con acierto, como hace el Sr. Estévez, es por lo mismo empresa meritoria.

«*Origen y progresos de la ciencia Económica.*» Tal es el título que dá á su trabajo, y en verdad, que es propio y adecuado, pues á pesar de sus breves dimensiones, ese discurso contiene una completa historia de la Economía Política; en su exposición no falta ningún hecho importante, ni dejan de apuntarse las ideas, que al progreso y estado actual de la ciencia hayan contribuido más ó menos poderosamente.

Comenzando en las primitivas civilizaciones del lejano Oriente, nos presenta el lento desenvolvimiento de las ideas á través de los siglos, y describe con frase concisa la vida entera de los pueblos que van siendo objeto de su atención,

mostrándonos como las tinieblas del error, en ellos poco á poco y á costa de tenaz esfuerzo se disipan y como el progreso es constante á pesar de que á veces parece que la humanidad retrocede sobre sus pasos.

El escaso aprecio que en un tiempo se hacía del trabajo, los falsos conceptos sobre la propiedad y las erróneas doctrinas sobre la producción, las desigualdades sociales llevadas al estremo en el monstruoso sistema de castas, la ignorancia y la superstición dominando en todas las relaciones de la vida, y en medio de este sombrío cuadro algún que otro chispazo de la verdadera luz, iluminándole por breves instantes; todo esto se encuentra en la historia de la Economía Política, y todo esto se espone con frase correcta en el discurso del Sr. Estévez.

No voy á seguir paso á paso ese erudito discurso: tendría que repetir con menos mérito y con peor palabra lo que acaba de esponer nuestro nuevo compañero. Me limitaré, pues, fijándome en la época moderna en que el Sr. Estévez termina su disertación, á presentar ciertas consideraciones acerca de uno de los graves problemas que hoy dentro de la Ciencia Económica se debaten. Será así el mío, como segunda parte de su discurso, aún á riesgo de que en estricta justicia pueda aplicarse ahora la sabida frase «Nunca segundas partes fueron buenas.»

Adam Smit, el padre de la Economía Política dejó trazadas las bases firmísimas en que había de fundarse. Desde él toma ya carácter de ciencia, desapareciendo los antiguos prejuicios y las prácticas rutinarias, con que en vez de alentar las industrias y la prosperidad de las naciones se conseguía solo su ruina y aniquilamiento. Desde él quedó demostrada la utilidad de la llamada *división del trabajo* y que en realidad debía llamarse, asociación de las fuerzas productoras. Los efectos maravillosos del cambio, la gran fuerza creadora del crédito, el verdadero concepto de las contribuciones, todo esto, desde entonces constituye un caudal

de doctrina. Respecto á la base y fundamento de la ciencia, al objeto y fin de la producción, demostrado está desde entonces también, que no es la moneda la única riqueza, el único elemento de prosperidad de los pueblos, verdad acreditada en nuestra historia comercial, y demostrada por la ruina de España en los momentos en que descubría y civilizaba las estensas regiones de América y acaparaba los tesoros encerrados en aquellas fecundas tierras.

Mientras tantos progresos hacía la ciencia, mientras á la luz de los nuevos principios se examinaban y explicaban los hechos económicos, surgió una cuestión gravísima, un problema de trascendencia suma á todas las esferas de la vida, el problema social.

Hay en la sociedad humana, períodos de crisis y grandes revoluciones, comparables á las grandes catástrofes de la naturaleza. Algo de esto ocurrió á fines del siglo XVIII: roto el equilibrio entre la producción y el consumo, las industrias se detuvieron en su creciente desarrollo, el comercio no encontrando facilidades y garantías para su provechosa misión, recibió un golpe mortal, los capitales se retrageron, y en medio de la general paralización, las necesidades apremiantes de la clase obrera no podían satisfacerse, y la miseria y la ruina se extendían por todas partes.

Durante esta gran crisis económica se presentaron por primera vez las utopias socialistas y comunistas, que luego han tenido inmenso desarrollo y propagación.

Desde el mismo campo de la Economía Política se planteó el problema por Droz y Sismondi, que trataron de señalar las causas de la crisis, y los medios para mejorar la situación aflictiva siempre, pero entonces intolerable, de la clase obrera. Coincidiendo esta crisis, con los adelantos en la industria, atribuyéronse todos los males á la introducción de las máquinas en los talleres, pues aumentando la producción y reemplazando á gran número de obreros, disminuían el trabajo y daban lugar á una rebaja en los salarios, ya de por

sí insuficientes para cubrir todas las necesidades de la vida de las clases trabajadoras.

Planteada así la cuestión se refería directamente á las relaciones entre el capital y el trabajo, y como bajo este punto de vista, presenta inmensas dificultades para resolverse dentro de las actuales circunstancias, dejándose á un lado lenitivos y calmantes de pocos resultados inmediatos, por más que á la larga pudieran ser de mucha importancia, se buscaron remedios heróicos que de una vez y radicalmente concluyesen todos los males sociales.

En este camino, después de negar la influencia bienhechora de las máquinas en la industria hasta para los mismos obreros, se negó también la importancia y el alcance de la ley económica de la competencia para ver solo en ella, otra causa poderosa del aflictivo estado de la clase obrera. Continuando en el buen deseo de favorecer al trabajo, no se encontró otro medio que el de perjudicar al capital: comenzóse una verdadera cruzada contra este, tachándole (siempre con un fondo de justicia), de exigente en demasía, y abogándose por la necesidad de limitar sus derechos y dominio. De aquí á negar todo derecho al capital, no había más que un paso, que en su evolución hacía el absurdo, dieron los propagandistas de la nueva doctrina. No bastaba ya que el trabajo prosperase á costa del capital: fué preciso que le dominase y aniquilase, y esta idea late en el fondo de las doctrinas socialistas, y con entera franqueza se proclama por los comunistas. Destruido el capital ó al menos privado de todo derecho, todavía quedaban instituciones sociales que combatir: llevados así en irresistible lógica, tras el capital, fué combatida la propiedad en todas sus manifestaciones, tras esta, la organización de la familia, después la religión, y amontonándose errores y absurdos fué lentamente formándose esa doctrina, enteramente negativa y descabellada, defendida hoy con los nombres de comunismo, anarquismo, colectivismo, enjendros de estraviadas imagi-

naciones, que apenas se comprende puedan presentarse bajo formas científicas, y que no tendrían razón de ser, si su existencia no la esplicase la lógica inexorable del absurdo, dentro de cuya lógica, de deducción en deducción, y partiendo del primer error, ha sido preciso llegar hasta el cúmulo de monstruosidades, que hoy agitan y conmueven á todos los pueblos.

Otras causas, además de esta de oportunidad y de momento, han favorecido la aterradora difusión de las doctrinas contrarias á la actual organización social.

Nada es más cómodo en los tiempos democráticos que atravesamos que halagar los intereses y las pasiones populares, que son las clases que disponen del número, y por lo mismo pese á quien pese, del poder y de la autoridad. Bastardos intereses han encontrado, explotando habilidosamente circunstancias aflictivas, su afianzamiento con la mentida protección á las clases populares.

Por esto, inscribiendo en sus banderas, guerra á muerte á la propiedad, á la religión y á la familia, unas veces se encienden las hogueras de la Commune en Francia á la vista y casi bajo el dominio del triunfante enemigo de la patria, otras veces se recurre á tenebrosas conspiraciones como en Rusia, y otras veces se muestra toda la perversidad al descubierto, como en España con los asesinatos de la más ó menos fabulosa asociacion «la Mano Negra,» serie de crímenes repetidos constantemente que el arma traidora del verdugo, en vez de castigar fomenta y completa, porque al crimen de unos responde el crimen de los otros y nunca por vías de perdición podrá realizarse ninguna empresa bienhechora.

Se han esplotado los instintos y las pasiones de las clases trabajadoras sedientas de amparo y de justicia, sin que combatiendo el esceso, se haya al menos tratado de atender á lo que de justo y legitimo hay en su reivindicación de fueros y derechos.

Unase á esto el desconsolador indiferentismo político, moral, religioso y social de nuestra época, indiferentismo de que solo las clases superiores en posesión constante del saber y del dominio son responsables. A causa de ese indiferentismo ya el obrero cegado por las vanas utopias, que siempre el hombre se deja cegar por las ideas que le halagan y le favorecen y más á medida que es más triste y precaria su suerte, no se ocupa de la vida civil y política ni aún dentro de los estrechos límites en que á toda actividad deja moverse la desoladora oligarquía de nuestros tiempos: yacen abandonados y silenciosos el foro, la plaza pública, los comicios, pues nadie lucha por el triunfo de una determinada idea política ó religiosa; rojos y blancos, azules y verdes, se disputan el mando y se agitan en medio de la general indiferencia, por falta de fé y de convicciones en todos, hasta en las clases superiores llamadas á dar ejemplo. Mientras tanto, allá en la sombra se aguza el puñal que ha de poner fin á toda la farsa presente, la tempestad se forma y se reconcentra paulatinamente, el lago social se remueve, y el cieno que formaba su fondo sale á la superficie, y van á cada paso presentándose nuevas señales de la proximidad de la catástrofe. Ciego será el que no lo presienta, y más que ciegos son los que manejando todavía á su arbitrio la válvula de seguridad, no dan salida al vapor, antes que en su terrible esplosión lo destruya todo.

La lucha está entablada, y es implacable. Del período de iniciación y de propaganda se ha pasado al de ejecución. La proximidad de una grande revolución social es evidente.

Mas no importa: sucede en las tormentas sociales lo mismo que en las grandes tempestades de la naturaleza. Además; la Humanidad jamás retrocede en su eterno camino hácia el ideal supremo de perfección augusta. Pasará como en la tormenta: habra daños para algunos indivíduos, el rayo no discierne à quien debe atacar, pero luego quedará el

ambiente social fresco y despejado, como azul y sereno queda el cielo después de los estragos de los fulgorosos relámpagos y el asolador granizo.

La lucha, sin embargo, debe admitirse en los términos en que aparece planteada? Así lo creen muchos, y á los absurdos del comunismo oponen las exageraciones de la escuela contrária: frente á la reforma social llevada al estremo de aniquilar la propiedad y destruir la familia, presentan las doctrinas opuestas, que ven en la sociedad humana tal como está constituida un ara santa á la que no puede tocarse sin profanarla.

Son tan absurdos los delirios del comunismo, como absurdo es también suponer perfecta é inmutable la actual organización social. Tratándose del hombre nada puede haber perfecto, pero todo en sus creaciones como en sus mismas facultades de alma está sometido á la constante ley del progreso.

Respecto á la sociedad, bien claro manifiesta la historia las variaciones y mudanzas que ha experimentado en el trascurso de los siglos. La familia y la propiedad bases firmísimas del edificio social han recorrido los tiempos presentando paralelamente análogas organizaciones.

En los primitivos tiempos y en el seno de las tribus patriarcales la propiedad individual, estaba muy restringida; los terrenos y su aprovechamiento eran comunes, realizándose así en parte el ideal de los partidarios de las nuevas doctrinas, y solo en parte, porque la propiedad, el derecho esclusivo de disponer del producto de su trabajo es natural en el hombre, y aún en el seno de esas nacientes sociedades, tendría siempre el indivíduo en los utensilios de su especial uso para la labranza, para la caza, y para las rudimentarias industrias, cierto derecho que nadie podía arrebatarle. Entre todos subvenían á las necesidades de la vida reconociéndose la autoridad de un jefe, el más anciano ó el más valiente, que era á la vez padre, caudillo, juez y legislador.

A medida que la tribu ensanchaba sus límites y crecían las poblaciones, los estrechos vínculos iban relajándose y poco á poco, la propiedad territorial se dividió, y de la tribu pasó á la familia.

Por sucesivas gradaciones llegamos á la sociedad romana, en que ya la propiedad y la familia presentan peculiares carácteres.

El ciudadano en Roma era esclavo dentro de la familia, solo el padre, el hombre *sui yuris*, dueño de sí mismo, era el que tenía personalidad: los bienes todos eran del pater familias, dueño absoluto de ellos, como era señor y soberano de sus esclavos y de sus hijos. Cuanto estos adquirían, pertenecía de derecho al padre, pues la doctrina de los peculios, ó sea de los bienes propios de los hijos, no apareció hasta una época en que se relajaron los vínculos de la familia primitiva romana.

En la Edad Media y durante la organización feudal, familia y propiedad se transforman y en estrecha analogía se presentan. En esta Edad, no se conocía la idea de Estado y de Nación, y confundido lastimosamente el concepto de soberanía, no existian más que indivíduos unidos y subordinados por los vínculos del honor y el patronato, no más que caudillos y leudes, señores y bucellaríus, y sometidos á todos por el lazo del vasallage, los pecheros y los siervos del terruño. En esta organización político-social, el caudillo, el monarca, no era más que *prius inter pares*, el primero entre sus iguales, con más honor que jurisdicción.

El hijo y la mujer desaparecían en la familia, como el siervo en el terruño á que estaba abscripto. Solo el noble, el señor era el ser de derechos; disponía de los hijos como la tierra disponía de sus siervos que pasaban por el poder de tantos señores como dueños tenía dicha tierra. El hijo nada representaba ante el padre: la hija era dada en matrimonio sin consultar sus gustos ni sus inclinaciones.

En armonía á estos lazos de familia estaba la propiedad:

solo el noble, el señor podía tener dominios feudales y los bienes de familia pasaban sin desmembración al primogénito, único que venía á representar esa familia á la muerte del padre. Se bosquejó esto más claramente en la familia amayorozgada, que vino como consecuencia del estado de anarquía que acompañó siempre al feudalismo, y que sobrevivió á este. Ajenos los señores feudales á los fuertes lazos de nacionalidad, no encontrando un poder social que les amparase de las lesiones que diariamente esperimentaban en aquel estado de lucha constante, se vieron obligados á reconcentrar sus fuerzas, á hacer vida íntima de familia. Muerto el padre, era preciso que esta continuase unida, y de aquí la vinculación de los bienes, que solo significaba que el primogénito, el heredero, era el continuador de la persona del padre con los mismos derechos y con las mismas obligaciones que atender. Tanto el primer fundador como los sucesores, no eran verdaderos propietarios, sino simplemente poseedores de los bienes, que solo á la familia pertenecían, no pudiendo ser enajenados sino con infinidad de trabas y requisitos.

El progreso de los tiempos hizo lentamente desaparecer ese estado social, y hoy ya, en la familia la personalidad del padre no lo llena todo, pues junto á él, la mujer y los hijos ostentan derechos, de más ó menos importancia, pero al fin y al cabo, reconocidos, y en la propiedad, el principio de vinculación ha dejado paso al de libertad.

Si pues, tantas variaciones ha sufrido en su organización y en su garantía el derecho de propiedad: desde reconocerla en la tribu y en la familia, como en las primeras civilizaciones, hasta reconocerla solo en las cartas superiores como en las teocracias orientales: desde la propiedad vinculada y privilegiada hasta la propiedad individual y libre de hoy; si también la familia en relación con esa propiedad, ha sufrido tantas variaciones; si en fin, la sociedad entera, se ha transformado constantemente, como hemos de hacer coro á

los que pregonan su inmutabilidad, á los que no quieren tolerar ni el más pequeño y justo ataque á su organización actual?

Alejemos por lo tanto esa idea de perfección y de quietismo que tan mal se aviene con toda institución humana, y digamos que la sociedad es en sus bases y en su organización mudable, variable: más todavía; que debe ser mudada y variada constantemente al calor de los nuevos adelantos y en obedecimiento fiel á la suprema y augusta ley del progreso.

No está pues, el peligro de las nuevas doctrinas en que atenten á lo inviolable, á lo puro y perfecto. Convencidos estamos todos de que si continuamente soñamos con lo absoluto, con el sumo ideal de perfección jamás podremos verlo realizado en ninguna de las esferas de esta limitada vida. El peligro grave consiste en que hay un fondo de justicia en las reclamaciones de los obreros. Y buena prueba de reconocer esta justicia dan los gobiernos que reunen hoy congresos sociológicos y encomiendan á todos los engranages de la complicada máquina administrativa, informaciones y dictámenes sobre la situación de la clase obrera. Es cierto que el problema jamás podrá resolverse con discursos, pero esa conducta de los gobiernos es prueba de la importancia que se le dá y debe dársele.

Aunque no son de hoy las doctrinas comunistas, nunca hasta ahora han presentado en su exposición y en su propaganda escepcional transcendencia. Sin mucho esfuerzo puede encontrarse su abolengo en los primeros tiempos de la historia.

Las doctrinas de muchos reformadores religiosos, exaltando el principio de caridad, llegaban á negar toda distin cion entre lo tuyo y lo mío, como fácilmente se comprueba al más ligero examen de la religión de Budha, el Jesús de la India antigua.

Sobre bases comunistas estaba fundada la sociedad en Es-

parta según la legislación de Licurgo. La República ideal de Platón no era más que una sociedad constituida bajo las bases del comunismo. Pitágoras y sus discípulos llevaron á la práctica ese comunismo, en el que se apoyaba su doctrina filosófica.

Y andando los tiempos, los primeros cristianos en la exaltación de su fé predicaban contra el préstamo á interés, contra la propiedad, y esponían ciertas ideas que hoy nos estrañarían aun en labios del más furibundo anarquista-colectivista.

La Iglesia Católica hizo entrar en razón á todas esas exageraciones, pero aun, en determinadas heregías vuelven á tomar cuerpo; dígalo si no la de los Anabaptistas.

En los escritos de filósofos de la Edad Media, se encuentran con frecuencia reproducidas esas ideas, como se prueba por la «Ciudad del Sol» de Campanela y la «Nova Insula Utópica» del Canciller de Inglaterra Tomás Morus.

La idea pues, no tiene novedad: donde esta existe es en la forma de presentarla, y bajo este punto de vista puede asegurarse que nunca ha tenido tanta trascendencia como hoy, porque nunca pueden influir tanto las doctrinas de pensadores solitarios espuestas bajo formas científicas, ó las ideas ascéticas de asociaciones religiosas, como las predicaciones y los escritos dirigidos á clases populares tratando de halagarlas en sus intereses y en sus aspiraciones.

Que un fondo de justicia palpita entre tantas exageraciones, es indudable, y porque así es, se esplica la aterradora difusión de semejantes doctrinas.

El obrero no es una máquina de trabajo á la que pueda pedirse gratuitamente todo el esfuerzo de que sea capaz: el obrero es un ser de derechos y ha llegado el tiempo en que comience á ejercitarlos. Como hombre, tiene derecho á la vida, al trabajo, á la instrucción, á las garantías sociales. Negarle esos derechos equivale á que por necesidad trate de reivindicarlos y los reivindique por todos los medios de que

disponga. Y si después de tantos siglos de opresión se escede al proclamar sus legítimas aspiraciones ¿á quién debe culparse?

De otra parte y bajo el punto de vista estrictamente económico, debe tenerse en cuenta que los dos elementos esenciales de la producción son el capital y el trabajo. Hasta ahora todos los derechos y todas las recompensas han sido para el primero; justo es que el otro exija su parte.

Al plantearse el problema, en los términos en que hoy se presenta y á pesar de las exageraciones de una y otra parte se ha realizado un notable progreso.

Gemía el esclavo bajo el yugo impuesto, labraba el siervo del terruño el abrupto seno de la tierra, y ni ellos volvían por sus derechos ultrajados, ni nadie se cuidaba de su aflictiva situación. Hoy en cambio, el obrero reclama aunque con lamentable exceso, lo que en derecho le corresponde, y al mejoramiento de la clase obrera se dedica en justicia una atención preferente.

Cualquiera que sea el éxito de las presentes luchas, siempre saldrá triunfante la causa del progreso. Así lo ha demostrado la historia.

¡Cuánta distancia hay en efecto desde el triste paria hasta el obrero libre de nuestros dias!

Ni aun considerado como ser humano, huía el desgraciado paria todo contacto con los seres privilegiados: de orígen divino los unos, como emanados del cuerpo de la divinidad, Brahma, ni aun se reconocían semejantes al otro, aborto infame de la impureza y la corrupción.

Allá en Egipto, y en el seno de una civilización floreciente y grande, no mayores consideraciones disfrutaban los hijos del trabajo. Con el sudor y con su sangre, legiones de esclavos sometidos á bárbaro dominio, elevaban esos ostentosos monumentos que traspasando los siglos pregonan todavía la soberbia humana, esas gigantescas pirámides cuya construcción costó mas lágrimas que arenas arrastra el Nilo, y cuya

mole de piedra pesa menos que las cadenas de los esclavos que perecieron al construirlas.

En Roma, el esclavo, tenía ante la ley, la misma consideración que un objeto material: dueño y señor de sus terrenos y de todos sus bienes, el ciudadano romano disponía de todo á su exclusivo arbitrio, y con el mismo derecho que mandaba degollar una res de su rebaño, ó cortaba un árbol, disponía de la vida y la persona de un esclavo.

Largos siglos duró este estado de cosas, pero llegó un momento en que la conciencia humana dejó oir su primera protesta, comenzando entonces á alborear el día de la emancipación del trabajo. La lucha fue terrible: aquellas invencibles legiones romanas huían despavoridas ante un puñado de esclavos, que sacudiendo sus cadenas se agrupaban ante el sagrado estandarte de los derechos del hombre. Revolución social, la primera que nos refiere la historia. La traición, el desorden, vencieron á aquellos valientes, pues no hay doctrina salvadora que antes de llegar á la apoteosis no haya pasado por la cumbre del Gólgota. Con todo, fué este sacrificio la primera consagración, la primera hostia elevada en el altar del derecho, y produjo benéficos resultados, entre ellos, la reforma de las leyes sobre los esclavos en sentido más justo y más humano.

Poco ó nada influyeron las doctrinas del Cristianismo en el lento progreso que se iba operando. «Mi reino no es de este mundo,» «el fin del mundo se acerca,» «permanezca el esclavo sometido á su dueño, la muger á su marido» son frases que á cada momento se encuentran en los escritos y en las predicaciones de los nuevos reformadores.

Mas influyó otro hecho importantísimo. El imperio romano fuerte en apariencia, estenuado y débil en realidad, no pudo sostener la acometida de las razas del Norte, y estas que traían nuevos elementos para la civilización del mundo dieron rápida cuenta de los carcomidos despojos del gran cadáver de la Edad Antigua.

En la radical transformación que todo sufrió entonces, el trabajo como no podía menos salió favorecido. La antigua esclavitud desapareció y aunque en la nueva servidumbre del terruño, siempre es precaria la suerte del trabajador, hay un progreso evidente sobre la antigua servidumbre personal.

Avanza la Edad Media, y al lado del humilde siervo aparece el proletario; organízanse las industrias bajo la forma gremial, primer ensayo de asociación para obtener el respeto y la consideración á que son acreedores los que solo en el trabajo fian los medios de subsistencia.

Desde entonces, el progreso se hace más rápido, pues á cada paso el obrero obtiene nuevas ventajas.

Esta rápida ojeada á lo pasado demuestra como mejora constantemente la situación del trabajador: desde el envilecido paria hasta el obrero libre de nuestros días hay considerable diferencia. Pan para el alma y pan para el cuerpo. instrucciòn y trabajo reclama el obrero hoy, y pese á quien pese habrá de obtenerlo, porque la ley del progreso seguirá cumpliéndose.

Aparte de las luchas violentas que las exigencias de la vida reclamen, las creencias sociales irán preparando las sucesivas evoluciones, y la Economía Política, mostrando las relaciones íntimas entre el capital y el trabajo, como factores igualmente indispensables de la producción, planteará las bases, para que se unan en estrecha armonía. Las vanas utopías quedarán disipadas, como las tinieblas se disipan ante esplendorosa luz, y libre ya la ciencia de este grave problema, y depurada la sociedad de muchas de sus imperfecciones, seguirá siempre cumpliéndose la ley de vida y se aproximará cada vez más la humanidad á la realización del ideal soñado.

---

Después de haber molestado á la Academia con tan extensa disertación, réstame el cumplimiento de dos sagrados deberes.

Es el uno, suplicar de nuevo, que se me dispensen las faltas, que serán muchas y graves, cometidas en este trabajo y que se me perdonen las molestias muchas también, que habré causado.

El otro deber es muy grato para mí, como que solo atendiendo á él, me permití romper mi acostumbrado silencio. Este deber se reduce á darle al señor Estévez la bienvenida en nombre de la Academia.

Alto honor es el que recibe, y así lo declaro yo, el último de los académicos, porque honor y grande es el de formar parte de esta corporación, ser elemento esencial é integrante de una Academia que en su vida, no breve, ha logrado obtener siempre el general aplauso, por la grandeza del ideal á que aspira y por la constancia en imprimir á todos sus actos la dirección más recta hacia la realización de ese ideal.

Pero si es grande el honor, no son menores las obligaciones que nuestra estrecha religión impone. Desde hoy el señor Estévez está obligado á poner á contribución de la Academia todas sus poderosas fuerzas de inteligencia y todo su caudal de estudio y de sabiduría.

No viene al seno de la Academia para recibir una efímera distinción: viene á compartir nuestras glorias, si alguna adquirimos, pero por lo mismo á unir su voluntad y su trabajo, al trabajo y la voluntad de todos nosotros, que aquellas glorias no se obtendrían sin estos afanes, que nunca podrá obtenerse una cosecha espléndida, sin haber antes á costa de inauditos esfuerzos y constantes sacrificios labrado y preparado el terreno.

Confío en que el señor Estévez sabrá cumplidamente llenar sus obligaciones: confío, en que la Academia solo tendrá motivos de plácemes y satisfacciones por haber abierto sus puertas y acogido en su seno á nuestro nuevo compañero.

He dicho.